

cias de viejo, pobre y triste; que era tan rico y tan bueno. Desde que había encontrado, en el bosque á aquel buen hombre todo estaba para ella como cambiado.

Cosette, menos dichosa que la última golondrina del cielo, no había sabido



nunca lo que era refugiarse á la sombra y debajo las alas de su madre. Cinco años hacía, es decir, todo lo que podían remontarse sus recuerdos, que la infeliz criatura no había conocido más que temblor y frío. Siempre desnuda bajo la ruda brisa del infortunio, parecía entonces que estaba vestida. Antes su alma tenía frío, ahora sentía calor.

Cosette no tenía ya tanto miedo á la Thénardier. No estaba ya sola; alguien se interesaba por ella. Habíase puesto inmediatamente á su trabajo de todas las mañanas. Aquel luis que llevaba encima, en el mismo bolsillo de su delantal de donde se le había caído la vispera la moneda de quince sueldos, le proporcionaba distracción. No se atrevía á tocarla; pero pasaba á veces cinco minutos seguidos contemplándola y, debemos decirlo también, sacando la lengua. Mientras iba bariendo la escalera, parábase y permanecía así inmóvil, olvidándose de su escoba como del universo entero; tan ocupada estaba en ver brillar aquella estrella en el fondo de su bolsillo.

Creo que fué durante una de esas contemplaciones cuando se le acercó la Thénardier.

Por orden expresa de su marido había ido á buscarla; y cosa inaudita, no le dió porrazo alguno ni le dirigió la más pequeña injuria.

—Cosette,—dijola casi dulcemente,—ven en seguida.

Un instante después entraba Cosette en la sala baja.

El forastero tomó el paquete que había llevado y lo desató. Aquel paquete contenía un vestido de lana, un delantal, una almilla de fustan, un jubón, un pañuelo, medias de estambre, zapatos, en fin: un traje completo para una niña de siete años; todo era negro.

—Hija mía,—dijo el hombre,—toma esto y vete á vestir en seguida.

Apenas asomaba el día cuando los habitantes de Montfermeil, que empezaban á abrir sus puertas, vieron pasar por la calle de París un buen hombre pobremente vestido, dando la mano á una niña vestida de luto, que llevaba en brazos una muñeca de color de rosa. Dirigíanse hacia Livry.

Eran nuestro hombre y Cosette.

Nadie conocía al hombre; y como Cosette no iba ya andrajosa, muchos no la conocieron tampoco.

Cosette se iba pues. ¿Con quién? Lo ignoraba. ¿A dónde? No lo sabía. Comprendía únicamente que dejaba atrás sí el bodegón Thénardier.

Nadie había pensado en despedirse de ella, ni ella en despedirse de nadie. Salía de aquella casa odiada y odiando.

¡Pobre sér dulcísimo, cuyo corazón hasta entonces no había sentido más que opresión!

Cosette caminaba gravemente, abriendo sus grandes ojos y contemplando el cielo. Habíase guardado su luis en el bolsillo del delantal nuevo. De cuando en cuando se inclinaba y le dirigía una mirada; después se fijaba en el buen hombre. Parecía sentir algo como si estuviera junto al Dios bueno.

X

Quien busca lo mejor puede encontrar lo peor.

La Thénardier, según su costumbre, había dejado obrar á su marido. Esperaba grandes acontecimientos. Cuando el hombre y Cosette se hubieron ido, Thénardier dejó pasar un cuarto de hora largo, y después, llamándola aparte, le enseñó los mil quinientos francos.

—¡Nada más!—dijo ella.

Era la primera vez, desde su instalación, que se atrevía á criticar un acto del dueño.

El golpe fué acertado.

—Efectivamente, tienes razón,—dijo él;—soy un imbécil. Dame el sombrero.

Dobló los tres billetes de banco, los metió en su bolsillo, y salió aceleradamente; pero se equivocó, tomando primero por la derecha. Algunos vecinos á quienes preguntó le indicaron la equivocación por haber visto á la Alondra y al hombre en dirección á Livry. Siguió la indicación, marchando á paso largo y monologeando.

—Ese hombre es evidentemente un millonario vestido de amarillo, y yo soy un animal. Primero dió un franco, después cinco, luego cincuenta, últimamente mil quinientos, y siempre con igual facilidad. Lo mismo habría dado quince mil. Pero yo le atraparé de nuevo.

Y luego, aquel paquete de ropa preparada de antemano para la niña, todo esto era muy singular; muchos misterios se encerraban en ello. No se sueltan tan fácilmente los misterios cuando se poseen. Los secretos de los ricos son esponjas empapadas en oro, que es menester saber exprimir. Todos estos pensamientos giraban agitados en su cerebro. Soy un animal, repetía.

Al salir de Montfermeil junto al recodo que forma el camino que va á Livry, vése desenvolverse este camino hasta muy lejos en el llano. Una vez allí, calculó que debía ver al hombre y á la niña. Miró tan lejos cuanto pudo alcanzar con la vista, y no vió nada. Preguntó nuevamente. Entre tanto iba perdiendo el tiempo. Unos transeúntes le dijeron que el hombre y la niña que buscaba se habían internado en el bosque por la parte de Gagny. Apresuróse á tomar esta dirección.

Le llevaban mucha ventaja, pero una criatura anda despacio y él caminaba de prisa. Además, el país le era muy conocido.

De repente se quedó parado dándose una palmada en la frente como hombre que ha olvidado lo esencial, y que está dispuesto á volver sobre sus pasos.

—¡Debería haber tomado mi fusil!—exclamó.

Thénardier era una de esas naturalezas dobles que pasan algunas veces junto á nosotros sin echarlo de ver, y que desaparecen sin haberlas conocido, porque el destino no nos las ha mostrado más que por un lado. La suerte de muchos hombres es la de vivir así medio sumergidos. En una situación tranquila y despejada, Thénardier tenía todo lo que era menester para formar, no decimos para ser, lo que se ha convenido en llamar un comerciante honrado, un buen burgués. Al mismo tiempo, dadas ciertas circunstancias, verificados ciertos sacudimientos que conmoviesen interiormente su naturaleza, tenía todo lo que se necesitaba para ser un malvado. Era un tendero en el cual se encerraba algo monstruoso. Satanás debía á veces acurrucarse en algún rincón del tabuco en que vivía Thénardier, reflexionando sobre aquella obra maestra de deformidad.

Después de una corta vacilación:

—¡Bah!—pensó él.—¡Tendrían tiempo de escaparse!

Y continuó su camino, avanzando rápidamente y casi en ademán de certidumbre, con la sagacidad del zorro olfateando una banda de perdices.

Efectivamente, en cuanto hubo pasado los estanques y atravesado oblicuamente el gran claro situado á la derecha de la alameda de Bellevue, cuando llegaba á

la calle de Céspedes que da casi la vuelta á la colina, divisó por encima de una maleza, un sombrero, sobre el cual había ya aventurado muchas conjeturas. Era aquél, el sombrero del hombre. La maleza era baja. Thénardier reconoció que el hombre y Cosette estaban sentados allí. No se veía á la muchacha á causa de su corta estatura pero se distinguía la cabeza de la muñeca.

Thénardier no se equivocaba. El hombre se había sentado allí para dejar descansar á Cosette.

El tabernero dió la vuelta á la maleza y apareció de súbito á las miradas de los que buscaba.

—Dispensadme y perdonad, señor,—dijo casi sofocado por el cansancio,—pero aquí tenéis vuestros mil quinientos francos.

Hablando así, ofrecíale de nuevo sus tres billetes de banco.

El hombre alzó los ojos.

—¿Qué significa esto?

Thénardier respondió respetuosamente:

—Significa, señor, que me vuelvo á quedar con Cosette.

Cosette se estremeció arrimándose al hombre cuanto pudo.

Este contestó mirando á Thénardier en el fondo de los ojos, y marcando mucho todas las sílabas.

—¿Volveréis á que-da-ros-con-Cosette?

—Sí, señor; me quedo con ella nuevamente. Me explicaré: he reflexionado. En realidad, no tengo derecho para dároslo. Yo soy un hombre honrado como véis. Esta chica no es mía, sino de su madre. Su madre me la confió, y yo no puedo entregarla sino á su madre. Vos diréis: “Pero la madre ha muerto”. Bueno, en ese caso no puedo entregar la criatura sino á la persona que me traiga un escrito firmado por la madre, en que se me mande entregar la niña á la tal persona. Esto es evidente.

El hombre, sin responder, registró su bolsillo, y Thénardier vió reaparecer la cartera de los billetes de banco.

—¡Bien!—exclamó para sí.—Procuremos sostenernos. ¡Va á corromperme!

Antes de abrir la cartera, el viajero lanzó una mirada escudriñadora en torno suyo. El lugar estaba absolutamente desierto. No había un alma en el bosque ni en el valle. El hombre abrió la cartera y sacó, no el puñado de billetes de banco que esperaba Thénardier, sino un simple papelito que desdobló y presentó abierto del todo al posadero, diciéndole:

—Tenéis razón. Leed.

Thénardier tomó el papel y leyó:

M-sur-M, 25 Marzo de 1823.

“Señor Thénardier:

“Entregaréis á Cosette al portador.

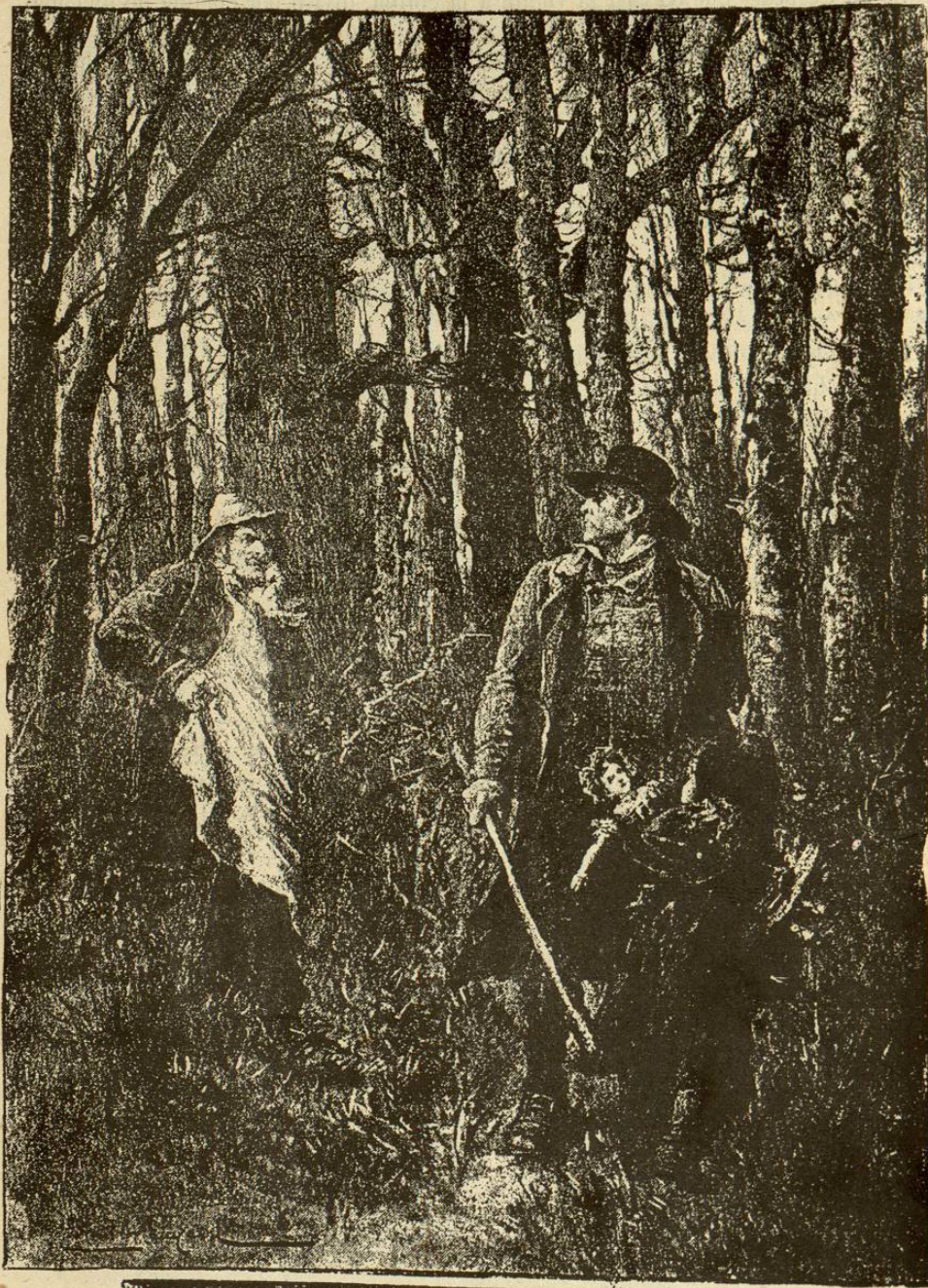
“Os serán pagados todos los picos.

“Tengo el honor de saludaros respetuosamente.

“FANTINA”.

—¿Conocéis esta firma?—repuso el hombre.

Era, en efecto, la firma de Fantina. Thénardier la reconoció.



COSETTE

No tenía nada que replicar. Sintió dos violentos despechos, el de renunciar á la corrupción que esperaba y el de ser vencido. El hombre añadió:

—Podéis guardar este papel para descargo vuestro.

Thénardier se replegó en buen orden.

—Esta firma está bastante bien imitada,—murmuró entre dientes.—¡En fin, sea!

En intentando un esfuerzo desesperado, añadió:

—Está bien, señor mío, puesto que sois el portador. Pero es preciso pagarme “los picos pendientes”, que son una buena deuda.

El hombre se puso de pie, y dijo sacudiéndose á papirotazos el polvo de sus raídas mangas.

—Señor Thénardier: en Enero la madre contaba deberos ciento veinte francos; en Febrero le mandásteis una cuenta de quinientos; recibisteis trescientos francos á fines de Febrero y otros trescientos á principios de Marzo. Han pasado después nueve meses, que á razón de quince francos, precio convenido, hacen ciento treinta y cinco. Resulta que habiendo recibido de más cien francos entonces, ahora sólo os restaban treinta y cinco francos. Y acabo de daros mil quinientos.

Thénardier sintió lo que siente el lobo en el momento de verse mordido y cogido por los dientes de acero de la trampa.

—¿Quién es este diablo de hombre?—pensó.

Y haciendo lo que el lobo, dió una sacudida. La audacia le había ya dado otra vez buen resultado.

—Señor-cuyo-nombre-ignoro,—dijo resueltamente y dejando aparte toda ceremonia respetuosa,—me volveré á llevar á Cosette, ó me daréis antes mil escudos.

El forastero dijo tranquilamente:

—Ven, Cosette.

Tomó á la niña con la mano izquierda y recogió con la derecha el bastón que estaba en el suelo.

Thénardier advirtió lo enorme del garrote y la soledad del sitio.

El hombre se internó en el bosque con la niña, dejando al tabernero vacilante é inmóvil.

A medida que se iban alejando, Thénardier examinaba aquellas anchas espaldas algo encorvadas y aquellos grandes puños.

Luego, sus ojos, volviéndose á sí mismo, fijábanse en sus desmesurados brazos y débiles manos.—Preciso es que yo sea muy bestia,—pensaba él,—para no haber tomado mi escopeta, puesto que iba de caza.

Sin embargo, el posadero no abandonó su presa.

—Quiero saber á dónde va,—se dijo. Y se puso á seguirlos desde cierta distancia.

Quedábanle dos cosas en la mano: una ironía en el papel firmado “Fantina”, y un consuelo en los mil quinientos francos.

El hombre se llevaba á Cosette en dirección á Livry y Bondy. Caminaba lentamente, baja la cabeza, en una actitud reflexiva y triste. El invierno había dejado el bosque tan claro y desnudo, que Thénardier podía no perderlos de vista, desde mucha distancia. De cuando en cuando volvía el hombre la cabeza y miraba si le seguían. De repente distinguió á Thénardier. Entró bruscamente con Cosette en una espesura donde ambos podían ocultarse.

—;Diantre!—exclamó Thénardier, redoblando el paso.

La espesura del ramaje le había obligado á acercarse á ellos; pero cuando estaba el hombre en lo más intrincado, volvi6se, y por mucho que Thénardier procuraba ocultarse en la espesura, no pudo evitar el ser visto. El hombre le dirigió una mirada inquieta, después meneó la cabeza y continuó su camino. El tabernero continuó siguiéndole. Anduvieron así dos ó trescientos pasos. De pronto el hombre volvi6se de nuevo, viendo todavía al posadero. Esta vez le miró con aire tan sombrío, que Thénardier juzgando “inútil” ir más allá, retrocedió, deshaciendo el camino.

XI

Reaparece el número 9,430. y Cosette lo gana á la lotería.

Juan Valjean no había muerto.

Al caer al mar, ó más bien al arrojarse, iba, como se ha visto, sin el grillete. Nadando entre dos aguas llegó hasta un buque anclado, al que estaba amarrado un bote, en el cual encontró la manera de esconderse hasta la noche. Entrada ya la noche, arroj6se de nuevo al agua, ganando á nado la costa á poca distancia del cabo Frun. Allí como no le faltaba dinero, pudo procurarse ropa en un figón de los alrededores de Balaguier, que era á la sazón el vestuario de los presidiarios escapados; especialidad bastante lucrativa. Después, Juan Valjean, como todos los tristes fugitivos que procuran burlar la vigilancia de la ley y la fatalidad social, siguió un itinerario obscuro y vago.

Encontró primeramente asilo en Pradeaux, junto á Beausset. Luego se dirigió hacia Grand Villard junto á Briancon, en los Altos Alpes. Huída vacilante é inquieta, camino de topo, cuyas ramificaciones nadie sabe. Más tarde ha podido encontrarse algún vestigio de su paso por Ain en el territorio de Civrieux, por los Pirineos en Accons, en el lugar llamado Grange de-Doumeq, junto al caserío de Chavailles, de los alrededores de Périgneux, en Brunies, distrito de la Chapelle Gonaquet.

Estuvo en París y le acabamos de ver ahora en Montfermeil.

Su primer cuidado al llegar á París, fué comprar vestidos de luto para una niña de siete á ocho años, y procurarse luego alojamiento. Hecho esto se dirigió á Montfermeil.

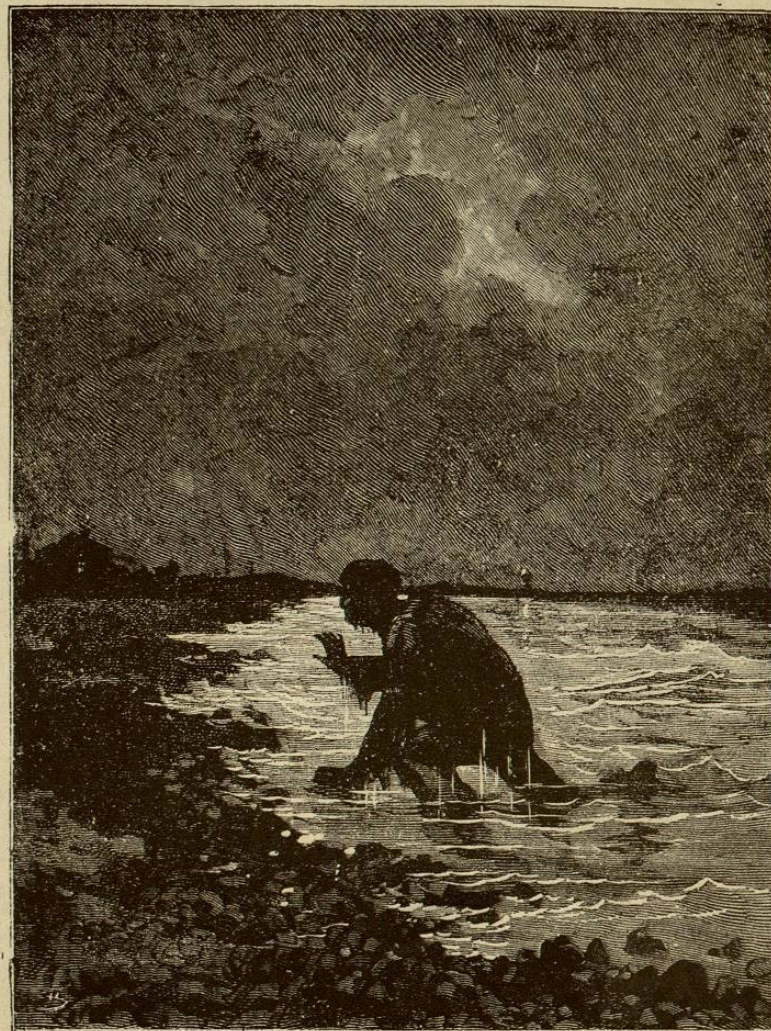
Como se recordará, ya en su anterior evasión, había hecho allí mismo, ó en los alrededores, un viaje misterioso, del que la justicia había tenido algún indicio.

Por lo demás, se le creía muerto, y esto aumentaba la obscuridad que se había formado en torno suyo. En París llegó á sus manos uno de los periódicos que consignaban el hecho. Con esto se sintió tranquilo y casi en paz, como si en realidad hubiese muerto.

La misma tarde del día en que Juan Valjean había sacado á Cosette de las garras de los Thénardier, entraba en París. Entró al anoecer, acompañado de la niña por la barrera Monceaux. Subió en un cabriolé que le llevó á la esplanada del Observatorio. Bajóse allí, pagó al cochero, tomó á Cosette de la mano, y los

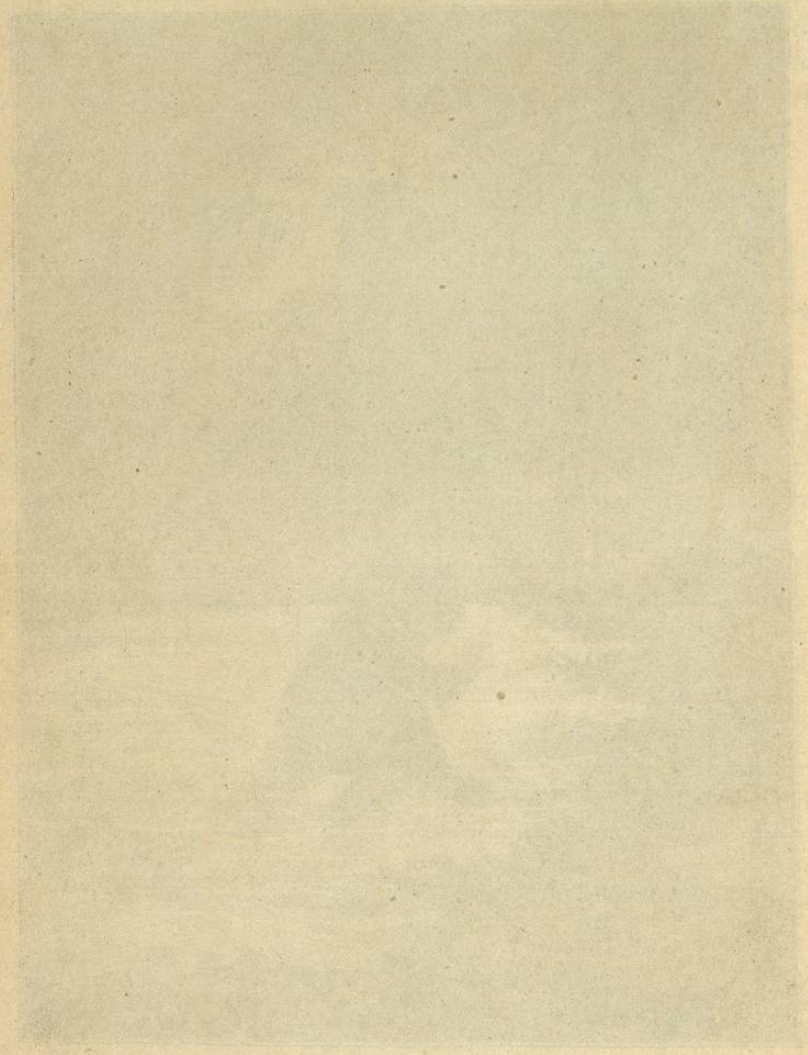
dos, entre las sombras de la noche, atravesaron las desiertas calles inmediatas á la Ourcine y la Glacière, dirigiéndose al boulevard del Hospital.

El día había sido extraño y henchido de emociones para Cosette; habían comido detrás de los vallados pan y queso comprados en los ventorrillos que se encon-



traron; habían cambiado frecuentemente de carruaje; habían andado á pie diversos trechos, y ella, no se había quejado, pero estaba cansada, y Juan Valjean lo advirtió fácilmente puesto que iba tirando más y más de su mano á cada paso. Entonces cargó con ella á cuestas; Cosette, sin soltar á su Catalina, dejó caer su cabeza sobre el hombro de Juan Valjean, y se quedó dormida.

En este punto de la ruta, al salir de la casucha de Cuervo, se ve a la izquierda el cerro de San Mateo, y a la derecha el cerro de San Juan. El cerro de San Mateo es el más alto de la zona, y el cerro de San Juan es el más ancho. Entre ellos se encuentra el cerro de San Pedro, que es el más pequeño de los tres.



La casucha de Cuervo es un edificio de adobe, con una sola planta y un tejado de paja. Tiene una ventana con persianas de madera y una puerta de madera. Está rodeada por un muro de adobe y un camino de tierra. En el fondo se ven los cerros de San Mateo y San Juan.



La casucha de Cuervo.